

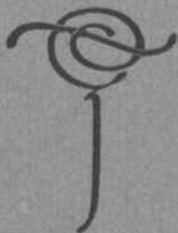
LO DIVINO Y LO HUMANO

EN

SANTA TERESA DE JESÚS

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LOS SALONES
DE LA JUVENTUD INTEGRISTA DE SAN SE-
BASTIÁN, POR EL R. P. GIL DEL S. C.
DE JESÚS, CARMELITA DESCALZO,
EL 15 DE OCTUBRE DE 1922.

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS



VILLAFRANCA DE ORIA

Establecimiento Tipográfico de Marqués y C.^a

1923

G-F 13801

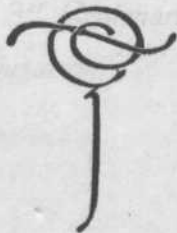
71
LO DIVINO Y LO HUMANO

— EN —

SANTA TERESA DE JESÚS

DEDICATORIA
CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LOS SALONES
DE LA JUVENTUD INTEGRISTA DE SAN SE-
BASTIÁN, POR EL R. P. GIL DEL S.
DE JESÚS, CARMELITA DESCALZO,
EL 15 DE OCTUBRE DE 1922.

CON LAS DEBIDAS LICENCIAS



VILLAFRANCA DE ORIA

Establecimiento Tipográfico de Marqués y C.^a

1925

R. 195471

C. 73011225
+ 160d3

LO DIVINO Y LO HUMANO

SANTA TERESA DE JESUS

Compendio autorizado por los señores
de la Junta de Instrucción de San Se-
bastián, por el Sr. D. Manuel G.
de Jesús, Catedrático de Teología,
en 15 de octubre de 1857.

CON LAS CLAVES LINGÜÍSTICAS



EL ARCAJO DE ORO
Establecimiento Tipográfico de Múzquiz y C.
1857

DEDICATORIA

A la Juventud Integrista Donostiarra, que tan brillantemente ha sabido honrar a la insigne Doctora del Carmelo, Santa Teresa de Jesús, en el 3^{er} Centenario de su gloriosa Canonización.

El Autor

O Emma
Canoso Ferrer
P. J.

EDICATÓRIA

En la Facultad de Medicina de
Barcelona que tan bellamente ha
sabido poner a la insignia Doctoral
del Consejo Real de San Carlos
en el 3^{er} Centenario de su gloriosa
Canonización.

El Autor

M. I. SEÑOR: (1)

SEÑORAS:

SEÑORES:

Privilegio de España.—Cierta orador extranjero al hablar de Santa Teresa de Jesús, llegó a pronunciar estas palabras que fueron ovacionadas largamente por el público que con atención profunda le escuchaba: «Santa Teresa de Jesús ha dejado de ser española para pertenecer a la humanidad. Es una gloria tan grande, tan inmensa, que no puede caber en una sola nación.» Agradeciendo lo que de lisonjero tienen estas palabras, vivamente protesto contra lo que en su fondo se encierra. España es la nación única que ha podido producir y sostener una Santa tan grande como Santa Teresa, y no puede concebirse España sin Santa Teresa de Jesús ni Teresa de Jesús sin la nación española. España que ha producido adalides tan preclaros como Isidoro de Sevilla, Domingo de Guzmán, Pedro de Alcántara e Ignacio de Loyola, todavía se ha encontrado con fecundidad tan asombrosa que ha podido dar el ser a la mujer más grande, más excelsa que ha pisado la tierra después de la Madre Inmaculada del Señor, Santa Teresa

(1) M. I. Sr. Dr. D. Antonio M.^o Pérez Ormazábal, Canónigo de la S. I. C. de Vitoria.

de Jesús. Si las demás naciones no pueden explicarse este extraño fenómeno de fecundidad tan asombrosa de la nación española, acháquenlo a su falta de fé, y no pretendan quitarnos glorias tan legítimas y connaturales de las que no podemos despojarnos sin hacer traición a lo que fuimos y sin renegar de lo que somos.

Historia de una perla.—Ostentaba el Señor en su pecho divino un collar vistosísimo, de resplandores tales que cegaba la vista de los celestes cortesanos; entre las perlas que lo engastaban se encontraba una que irradiaba viva luz, luz fecunda de dos tonalidades, clarísima la una, algo más pálida la otra, como una tenue sombra de la primera, pero formando tan admirable conjunto que fuera atrevimiento el separarlas. Acariciábala un día con sus manos divinales, y he aquí que la perla se desprende del engarce y en ellos queda, con admiración, si cabe, del Hacedor Supremo. ¿Qué haré de la perla? pensó el Señor entre sí: es la más hermosa de mi collar: la que más en él realza. ¿Me privaré de ella?... Miró con atención a la tierra... algo meditaba... Se fijó en las regiones del Africa: no brillaban con la luz de su fé. Dirigió su vista hacia el Asia: la vió sumida en noche triste del budhismo y del Islam. Llevó sus ojos a Europa: el Imperio Moscovita, Inglaterra y Prusia negaban su autoridad en la persona de su Vicario: Alemania se hallaba hondamente dividida en luchas religiosas: Francia dejaba fomentarse en su seno un algo venenoso que más tarde corroería sus entrañas... y miró a España, entonces revestida de gloria y de poder... Vió que los talentos por Él a ella concedidos habían duplicado su valor: que a las columnas de Hércules había borrado el non para ostentar gallardas el *plus ultra*...

el *plus ultra* de dominio, de desahogo, de extensión haciendo del mar Atlántico un lago paseado por las naos españolas que llevaran a la naciente América una civilización cristiana, una civilización con fé unà civilización basada en la caridad que hizo iguales ante Dios a los incultos y bárbaros indios que colonizaba lo mismo que a los apuestos caballeros que fueron a colonizarla... y esto en el preciso momento en que la bestia del Islam, después de largos siglos de dominación, pasaba el estrecho para tornar a las ardientes arenas del desierto, empujada por la Cruz del Salvador llevada en triunfo por las huestes victoriosas de Fernando e Isabel para colocarla en lo más alto de los torreones de la Alhambra de Granada, y desde allí otear el esfuerzo gigantesco de un pueblo que había logrado en titánica lucha recobrar su deseada libertad. Y si esto no fuera suficiente, veía el Señor a España en el Concilio de Trento sostener ahincadamente el principio de autoridad de su Iglesia, siempre con entusiasmo y decisión, fruto legítimo de su valerosa, heroica, denodada fé... No había, por lo tanto, nación alguna en el mundo cuya fé sobrepusiera a la fé de la nación española: la Cruz y la espada aunadas andaban para ensanchar los dominios del Señor de la tierra y los dominios del Señor de los Ejércitos... que la espada en manos del guerrero español fuera entonces ignominia sino sirviera para abrir paso al estandarte real de la Cruz... Nada de esto se ocultaba a la vista del Señor: pero la perla, separada del engarce, continuaba todavía en sus manos divinales. ¿Qué hacer de ella? Poco tuvo que pensar... En un arranque de justicia divina la depositó en la real corona de España, rematándola graciosamente; y poniéndose a contemplarla «era tuya, dijo, la habías merecido por tu fé tan heroica

y acendrada: esa perla te honrará perpetuamente a la luz de los siglos y de las naciones:» y desde entonces la perla de dos tonalidades, clarísima y sombreada, Teresa de Jesús, la Santa más divina y más humana nos pertenece por cesión del mismo Dios.

Nuestra legítima gloria.—Es nuestra gloria más legítima de la que justamente podremos envanecernos más que de los triunfos conseguidos en los diversos órdenes de la vida nacional en todo el decurso de los siglos... y al expresarme así coincido en parte con el pensamiento del ilustre polígrafo Menéndez y Pelayo cuando llegó a escribir: «Por la gloria que nuestro país tiene en haber producido (a Santa Teresa de Jesús), cambiaría yo de buen grado, si hubiéramos de perder una de ambas cosas, toda la gloria militar que oprime y fatiga nuestros anales», y como estampó el ilustre Ricardo León «Teresa es el espíritu más hermoso, equilibrado y robusto de nuestro siglo de oro, que es decir de todos los siglos», porque ella es astro rutilante en el firmamento azul de nuestra Iglesia: es lucero fulgente que adorna el sereno cielo del ascetismo y de la mística; es faro luminoso erigido sobre el monte Santo de la verdad cristiana: bello florón y joya preciada de nuestras letras tan ricas. Luz del cielo fué su razón; lluvia de perlas fué su palabra; rocío en cáliz de flores su prosa, estrellas que brillan en un cielo de zafiros su poesía; llave que abrió los secretos del Empireo su pluma; pavoroso de oro ardiente su corazón. Fué maestra en tierra de maestros; fué doctora en tierra de doctores; fué mujer, fué española; fué monja, fué sabia, fué ángel, fué serafín, no sé lo que fué...; fué un sueño del Eterno; fué una humana idea divina; fué una maravilla viviente; fué un prodigio del Señor; fué... lo que nadie había sido ni será jamás en

el mundo; fué Santa Teresa de Jesús., la Santa más grande, la más excelsa, la más divina, la más humana (1).

Mi deseo.—Quisiera yo, Señores, rastrear algo de lo que fué esa mujer, asombro de los siglos, ornamento de su sexo, perla del corazón de Dios, divina y humana, extática y sencilla, con ese íntimo trato con el Señor que puso admiración a los mismos serafines, y con esa ingenua sencillez en su hablar, en su escribir, en su tratar, lo mismo con S. M. el Rey don Felipe II y con los grandes prelados de la Iglesia y con los señores de la Corte que con sus queridas hijas, con las gentes de los pueblos y con los mismos arrieros que conducían los carros que la llevaban por tierras de Castilla.

He de comenzar por el aspecto humano pasando al aspecto divino para que veamos la obra de la naturaleza realizada, perfeccionada por la obra de la gracia.

Lo único que siento es que a mis débiles fuerzas hayáis encomendado esta «charla teresiana con ribetes de conferencia», aunque ni este nombre se merece, pues no hay en mí arrestos suficientes, ni valor literario en mi pluma para corresponder a vuestra atención fina y delicada. Dispensad, por lo tanto, las flaquezas del corazón de un hijo al hablar de su querida e idolatrada Madre.

LO HUMANO

Nuestro pensar sobre la Santa.—Todos, sin duda alguna, hemos ya formado en nosotros mismos una Santa Teresa de Jesús: bella en su rostro, graciosa en su tra-

(1) Cfr. Comerma y Vilanova *Elogio de la Santa*. de Sevilla.

to, correcta en su porte, de ánimo varoní, resuelta en sus empresas, de corazón ardiente, de alma endiosada, de arranques divinos, de éxtasis sublimes, de celestes comunicaciones... una mujer en qué en la gracia y la naturaleza se adundaron para hacer de ella una rara excepción de lo que somos los demás mortales; y muy seguro estoy en esto de no haberme equivocado. Si en su época fué la admiración de las gentes, no lo es me nos ahora, después de tres largos siglos de ausencia de la tierra: ha dejado en pos de sí una estela luminosa imposible de ser borrada ni por el tiempo ni por el olvido, carcoma de la admiración de los humanos; siempre es la misma, nunca cambia ni varía.

Mil gracias derramando. — Nacida de linajuda estirpe, de los Ahumadas y Cepedas, en la ciudad heroica de Avila de los Caballeros, desde sus primeros pasos en la vida, se vió en ella esa fortaleza de ánimo, capaz de hazañas extraordinarias, unida a una dulzura de carácter que arrebatava a todas las personas que la trataron. La naturaleza con sagaz instinto, previendo ya los carismas de la gracia, se adelantaba a embellecerla y adornarla, preparando ya el camino para que en el correr de su edad, fueran apareciendo esos mismos carismas ante los hombres por virtud y poder del Altísimo, quien

Mil gracias derramando
 Pasó por estos solos con presura,
 Y yéndolos mirando
 Con sólo su figura
 Vestidos los dejó de su hermosura.

María de San José.—La M. María de San José, Priora de Sevilla, de quien dijo la Santa «es mucho más lista que

yo» y a quien graciosamente llamaba «la monja letrera» por las muchas que tuvo, trazó admirablemente un bello cuadro del físico de la Reformadora del Carmelo: «Era de muy buena estatura, y en su mocedad, hermosa, y aun después de vieja parecía harto bien: el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo y lleno, de muy buen tamaño y proporción; la color blanca y encarnada, y cuando estaba en oración se la encendía, y se ponía hermosísima; todo él limpio y apacible. El cabello negro y crespo, frente ancha igual y hermosa; las cejas de un color rubio que tiraba algo a negro, grandes y algo gruesas, no muy en arco sino algo llanas. Los ojos negros y redondos y un poco papujados, (que así los llaman y no sé cómo declararme), no grandes, pero muy bien puestos, y vivos y graciosos, que, en riéndose se refán todos, y mostraban alegría, y por otra parte muy graves cuando ella quería mostrar en el rostro gravedad. La nariz pequeña, no muy levantada de en medio; tenía la punta redonda y un poco inclinada para abajo: las ventanas de ella arqueadas y pequeñas; la boca ni grande ni pequeña; el labio de arriba delgado y derecho; el de abajo grueso y un poco caído, de muy buena gracia y color; los dientes muy buenos;... las orejas ni chicas ni grandes; la garganta ancha y no alta, sino antes medida un poco; las manos pequeñas y muy lindas. En la cara tenía tres lunares pequeños al lado izquierdo, que la daban mucha gracia; uno más abajo de la mitad de la nariz, otro entre la nariz y la boca, y el tercero debajo de la boca... Toda junta parecía muy bien y de buen aire en el andar, y era tan amable y apacible que a todas las personas que la miraban comunmente aplacía mucho... Era, concluye esta amiga de la Santa, en todo perfecta»

«**El P. Yepes.**—Sus biógrafos están acordes el hablar de su buen parecer discreción, finura y demás prendas naturales que tanto agradan en lo humano. Dice el P. Yepes: «Dios le dió un natural hábil, generoso y no soberbio; amoroso y no pegajoso; apacible, agradecido y agradable a todos, lleno de una discreción tan admirable que cuando se descubrió con la edad, atraía y cautivaba cuantos corazones trataba. De suerte que afirman por cierto todos los que la conocieron y trataron muchos días, que nadie la conversaba que no se aficionase y perdiese por ella, y que niña y doncella, seglar y monja, reformada y antes que se reformase, con cuantos la veían era como la piedra imán como el hierro. Porque el aseo y buen parecer de su persona y discreción de su habla, y la suavidad templada con honestidad de su condición la hermoseaban de manera que el profano y el santo, el discreto y el reformado, los de más y los de menos edad, sin salir ella en nada de lo que debía de sí misma, quedaban como presos y cautivos de su trato».

«**El P. Ribera.**—Y el P. Francisco de Ribera, su primer biógrafo, escribe: «Dióla Dios un entendimiento grande que abrazaba mucho, y agudo, un juicio reposado, no nada arrojado, sino lleno de madurez y cordura. Pensaba muy bien lo que había de hacer, y veía lo que había en la cosa de que pensaba, y después de determinada, tenía gran constancia y firmeza para seguirlo y llevarlo a cabo. Su prudencia era mucha para encaminar las cosas que emprendía y para gobernar los monasterios.... Calaba con gran facilidad el entendimiento y talento y condición de las personas que trataba y veía por dónde las había de llevar. Tenía un ánimo más que de mujer, fuerte y varonil, con que alcanzaba lo que quería...

Tenía grandeza de corazón, que es la virtud que llaman magnanimidad, y así no dudaba de emprender grandes y extraordinarias cosas, y destas gustaba mucho: las que eran fáciles y ordinarias no la daba ese contento... Su habla era muy graciosa, y su conversación muy suave, grave, alegre, llana, cuerda, y a cualquiera cosa que se tratase sabía muy bien; y entretenía maravillosamente a todas las personas que la oían. De aquí venía que adonde quiera que iba era muy querida de todas, y juntamente muy estimada. Hablaba familiar y humanamente con todos, con alegría, con amor, sin encogimiento, y con una santa y apacible libertad, de tal manera, que quien la vía y sabía de sus cosas se espantaba de ver que quien tan alta oración tenía y tan familiarmente trataba con Dios hablase con los hombres como si nada de aquéllo tuviera.

El P. Gracián.—El Ven. P. Gracián asegura que era agradable en su trato y conversación, encendida en amor divino, suave en sus palabras, impetuosa en el obrar cosas grandes por Dios. Tenía hermosísima condición y tan apacible y agradable, que a todos los que la comunicaban y trataban con ella, llevaba tras sí y la amaban y querían, aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradable que suelen tener algunos Santos crudos, con que se hacen a sí mismos y a la perfección aborrecibles.

El P. Murillo.—El célebre P. Fr. Diego Murillo en un panegírico de la Santa «Era, dice, la piedra imán del mundo que todo se lo llevaba tras sí con una violencia amorosa; jamás la trató persona de cualquier género o calidad que fuese, que no se perdiese por ella.

¿Qué piedra imán hay que se pueda igualar con la

hermosura, con la buena gracia, con la discreción, con el trato cortés y afable y demás perfecciones que resplandecían en la Madre Teresa?»

S. S. Pío X.—No hay por qué proseguir encadenando testimonios de personas contemporáneas suyas, porque todos, religiosos y seculares, cumbres y llanos, extraños y amigos, aclamaban a una la perfección natural de esta obra de Dios, única en el mundo, obra que según frase vulgar, una vez que el Hacedor Supremo la creara, rompió la hechura que sirviera para modelarla con el fin exclusivo de que en los siglos posteriores no hubiera otra Santa semejante a ella. He de permitirme únicamente citar las palabras del inmortal Pío X, quien compendia, condensa todos los elogios más calurosos que de la Reformadora del Carmelo se hicieran. «Generosa y pródiga fué con ella la naturaleza, disponiéndola maravillosamente para el celestial magisterio de la Santa doctrina que había de enseñar, pues fué dotada de singular penetración, de grandeza de ánimo, de bondad, de energía de carácter, de admirable sentido práctico en el manejo de los negocios, de una índole apacible y de muy discretas y gentiles formas con las que lograba conquistar todas las voluntades de una manera irresistible.»

Dos cosas admirables.—Dejo ya estos hermosísimos cuadros de las bellas prendas naturales de Teresa, pues poner en ellos mis manos pecadoras para retocarlos o repararlos, equivaldría a ennegrecer, lo que es limpio, agradable, perfecto a la vista. Ved solamente cómo esos cuadros se encuentran animados en su vida toda, confirmando los testimonios y aseveraciones de los que de ella han hablado con encomio.

Dos cosas he admirado yo siempre en la Doctora del

Carmelo: no tener nunca enemigos una vez que era conocida, siendo amada y querida de todos los que tuvieron la dicha de iratlarla, y poseer un ánimo esforzado sin nada de melindres y ñoñeces. sino fuerte y varonil, que donde viera el mayor servicio de Dios allí se lanzaba con ardor, poniendo todo el caudal de sus energías en conseguirlo más agradable al Amor de sus Amores. Ella misma se retrata con estas dos hermosas cualidades. «Importa mucho y el todo una muy grande y determinada determinación de no pasar hasta llegar... venga lo que viniere, suceda lo que sucediera, trabájase lo que se trabajare, murmure quien murmurare... siquiera se hunda el mundo... Pelead como fuertes hasta morir en la demanda, pues no estáis aquí a otra cosa sino a pelear, antes morir que dejar de llegar al fin del camino. En esto me daba el Señor gracia, en dar contento adonde quiera que estuviese, y ansí era muy querida». (1)

Su energía de espíritu.—Vemos su admirable energía de espíritu en el episodio de su infancia, de todos vosotros conocido, al escaparse de sus lares con su hermanito Rodrigo deseosa de dar su sangre por la causa de la fé. Más tarde al separarse de los brazos de su adorado padre para encerrarse en los claustros del Carmelo, «acuérdaseme, dice ella, que cuando salí de casa de mi padre, no creo será más el sentimiento de cuando me muera: porque me parece que cada hueso se me apartaba por sí, que, como no había amor de Dios que quitase el amor del padre y parientes, era todo haciéndome una fuerza tan grande, que si el Señor no me ayudara, no bastaran mis consideraciones para ir adelante. Aquí me dió ánimo contra mí, de manera que lo puse por

(1) Cfr. Cam. de Perfec. cc. XX y XXI. Vida, cap. II, 8.

obra... (2) Era tan honrosa que me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez. Triunfó la energía de su voluntad.

D. Felipe II.—Es ella la única mujer (e iba decir persona), que se atrevió a escribir al Rey Don Felipe II, de parte de Dios, ciertas cosas de la intimidad de su conciencia diciéndole entre otras la siguiente sentencia: «Que se acordase que el Rey Saúl había sido escogido y ungido»: era mucho decir a un Rey por una pobre monja desconocida, pero en aquellos momentos era *Regis superni nuntia*, embajadora del Rey de reyes y del Señor de los que dominan. Felipe II dícese que exclamó admirado ¿No vería yo a esa monja?

Porque triunfe la justicia.—Cierta día acercóse a las rejas del Convento un joven, a juzgar por las trazas inquietante, y no nada agradable y correcto en su decir. Santa Teresa le oyó pacientemente hasta terminar su atrevido relato: entonces irguióse serena y «vaya enhorabuena, le dijo, y sepa que nuestro católico Rey porque triunfe la justicia ha de levantar una horca en cada esquina. Bastó esto para que cabizbajo y temeroso se retirara el atolondrado joven.

La Princesa de Eboli.—Fundó la princesa de Eboli un convento teresiano en sus posesiones de Pastrana. Las cosas no iban tan mal mientras vivió su ilustre esposo Ruiz Gómez de Silva, hombre de la confianza de Felipe II. Pero a su muerte, la intemperancia de la princesa suscitó graves cuestiones en las que la Santa Reformadora sostuvo la razón con firmeza y decisión tales, que obligo a doblegarse a la altiva señora quien, en un arranque

(2) Vida, cap. IV, 1.

de ira femenina, dijo a la Santa. «La casa es mía; yo mando en ella». «La casa es suya, respondió Teresa. V. Merced se quede con su casa y yo me voy con mis monjas».

En Avila.—Sus fundaciones no son sino un episodio continuado donde tenía que mostrar la energía y grandeza de su corazón y el temple de acero de su alma. El primer convento por ella levantado, San José de Avila, levantado está sobre las contradicciones de la famosa Junta de Regidores, Corregidor y Cabildo, juristas, teólogos y letrados, pasando la causa a Madrid, al Consejo de S. M. «Era tanto el alboroto del pueblo, dice la Santa, que no se hablaba de otra cosa. Yo ninguna pena tenía de cuanto decían de mí, ni más que si no lo dijeran». A tal extremo llegaba la desazón contra Santa Teresa, que estuvo a punto que la apedrearán como ella donosamente indicaba en una carta a Alonso Ramírez después de pasar la marejada. «Cuando nos apedreen a V. M. y al Señor su yerno y a todos los que tratamos en ello como hicieron en Avila casi, cuando se hizo San José, entonces irá bueno el negocio.»

En Medina.—Tuvo también su lado oscuro la Fundación de Medina del Campo por ser la segunda de la reforma y estar la gente a la expectativa de los acontecimientos. Lo cuenta así la misma Santa. «Llegamos, dice, a Medina del Campo en vísperas de Nuestra Señora de Agosto, a las doce de la noche, Apeámonos en el monasterio de Santa Ana por no hacer ruido y a pie nos fuimos a la casa. Fué harta misericordia del Señor, que aquella hora encerraban toros (eran las fiestas de Medina) para correr otro día, no nos topara ninguno. Con el embebecimiento que llevábamos no había acuerdo de nada.. Llegadas a la casa, entramos en un patio; harto caídas me

parecieron, mas no tanto como cuando fué de día se pareció... Visto el portal, había que quitar tierra de él; a tejavana; las paredes sin embarrar: la noche era corta y no trafamos sino unos reposteros, creo eran tres; para toda la largura que tenía el portal era nada. Yo no sabía qué hacer, porque vi no convenía poner allí altar, Plugo al Señor, que quería luego se hiciese, que el mayordomo de aquella señora (la que cedía la casa) tenía muchos tapices de ella en casa y una cama de damasco azul; y había dicho nos diesen lo que quisiésemos, que era muy buena. Yo, cuando vi tan buen aparejo, alabé al Señor; y así harían las demás, aunque no sabíamos qué hacer de clavos, ni era hora de comprarlos. Comenzáronse a buscar de las paredes. En fin, con trabajo, se halló recaudado. Unos a entapizar, nosotras a limpiar el suelo: nos dimos tan buena priesa que cuando amanecía estaba presto el altar y la campanilla en un corredor, y luego se dijo Misa. Yo estaba hasta esto muy contenta, porque para mí es grandísimo consuelo ver una iglesia más adonde haya Santísimo Sacramento. Mas poco me duró: porque como se acabó, llegué por un poquito de ventana a mirar el patio, y vi todas las paredes por algnas partes por el suelo... Con esto se juntaron todas las dificultades que podían poner los que mucho lo habían murmurado, y entendí claro tenían razón.» (1)

En otras fundaciones.—Todas las fundaciones tuvieron sus inmensas dificultades, insuperables de no poseer la seráfica avilesa un corazón de arrojado temple y tan decidido que no había peligro para ella. La fundación de Sevilla es de lo más episódico que narrar se puede. A tener tiempo trajera yo a colación los rela-

(1) Fundación. Cap. VII, 7.

tos de la misma Santa, de María de San José, del P. Julián de Avila, y vemos cosas tan extrañas, por lo fantásticas, que parecería novela mas que capítulo de historia. Si se pudiera escribir un libro titulado: «Los viajes de Santa Teresa a través de España» sería curioso este camino hacia Sevilla y su paso por tierras andaluzas donde con gracia inimitable dice Santa Teresa, que «anda suelto el demonio más que en otras partes». Su energía lo superaba todo, no habiendo para ella valla ni obstáculo que la detuviera en el servicio de Dios. En medio de las hondas amargas de su alma pronunciaba una sentencia admirable, hermosa, grande, heroica, digna de ser grabada entre los corazones de todos nosotros, religiosos y seculares que peleando valerosamente las batallas del Señor, somos objeto de la censura, de la crítica mordaz, por no decir cobardía, de muchos que se esconden, para no ser vistos, entre aquellos que pertenecen, como quien dice, a los de la acera de enfrente. Dice así la sentencia: «Levántense contra mí todos los letrados, persiganme todas las cosas criadas, atormentenme los demonios; no me faltéis Vos, Señor, que ya tengo experiencia de la ganancia con que sacáis a quien sólo en Vos confía... porque

Quien a Dios tiene
Nada le falta:
Sólo Dios basta.»

Energía con dulzura.—A esta voluntad de hierro acompañaba en la Santa una dulzura en su trato, un grajejo en su ameno hablar y escribir que rendía las voluntades todas de las personas que la conocían y trataban; era verdaderamente la piedra imán que con fuerza irresistible todo lo llevaba tras de sí. Su vida de santidad

era llana y sencilla diciendo con gracia, «de devociones a bobas nos libre Dios»: nunca le gustaron «los santos encapotados», ni mucho menos «los negros devotos». No quería que en sus hijas hubiera timidez ni melancolía, sino santa libertad de espíritu, alegría franca, perpetuo regocijo, dejando por lema «mientras más santas más conversables... ansí aprovecharéis y seréis amadas... mucho hemos de procurar ser afables y agradar y contentar a las persodas que tratamos.»

Humorismo teresiano.—Al tenor de estos hermosos pensamientos formó la Santa eso que hoy se llama «humorismo teresiano» y que tan bien cuadraba a su manera de ser tan humana, llana y sencilla. Al Nuncio de S. S. ya bastante anciano, le apellidaba «Matusalén»; al P. Pedro Hernández, de la Compañía de Jesús «El Padre Eterno»; a San Pedro de Alcántara «hecho de raíces de árboles»; a San Juan de la Cruz «su senequita»; al Prior de la Cartuja de Sevilla «el Santo viejo»; de cierto personaje llegó a decir «que era muy bueno para hacer mártires; de otro mucho más ilustre que no «podíamos desear cosa más a propósito que él, porque nos ha hecho merecer a todos; y del católico monarca Felipe II, que era» el Rey Santo» y el «defensor y ayuda para la Iglesia de Dios»; de unas mujeres piadosas que se reunieron en forma de Comunidad y rezaban el oficio divino con breviaros disconformes entre sí, con la particularidad de saber muy poco leer, escribió: «Dios tomaría su intención y trabajo, que pocas verdades debían decir»: a una hermana que en el refectorio a la hora del comer dió un gran suspiro dijo con gracia: «hermana mía, aquí venimos a comer y no a suspirar»; de sí misma solía repetir: «a mí con una sardina que me dieren me sobornarán».

Hizo un día su retrato, por mandato del R. P. Gracián, el célebre Hermano Fr. Juan en el Convento de Sevilla; al terminarlo volvióse la Santa hacia el hermano pintor y dijole sonriente: «Dios te lo perdone Fr. Juan, que ya que me pintaste, me has pintado fea y legañosa». Cuentan que cierto día acercóse a la reja del Convento un soldado, de los de Flandes, quien oyendo hablar tanto de la M. Teresa tuvo grandes deseos de conocerla; al encontrarse en su presencia y trabar conversación con ella le dijo que había oído decir que era Santa, sabia y hermosa; a lo cual la Santa respondió: «Si soy Santa, Dios lo sabe; si soy sabia el mundo lo dirá y, levantando modestamente el velo que cubría su rostro, añadió, si soy hermosa V. M. lo ve». Refiere asimismo un piadoso escritor que yendo juntos por un camino Santa Teresa y San Juan de la Cruz, luego que vieron monja y fraile unos hombres del campo les dijeron algunas palabras inconvenientes; turbóse San Juan de la Cruz, y al momento la Santa con bizarría de espíritu le dijo: «Bueno es esto, Fr. Juan, no se corre la dama y se corre el galán». Me haría interminable si fuera espigando por la vida toda del Serafín del Carmelo esta manera tan humana y natural e su vivir que hizo exclamar a las Descalzas Reales de Madrid, donde la Santa se hospedó algún tiempo: «Bendito sea Dios que nos ha dejado ver una Santa a quien todos podemos imitar. Habla, duerme, come como nosotras y conversa sin ceremonias».

Una Santa muy humana. — Una Santa en todo humana, agraciada, con las más bellas prendas naturales de discreción y llaneza, que tan grandes maravillas hizo por Dios, que recorriendo la mayor parte de España fundó los palomarcitos de la Virgen e hizo célebre su

nombre por todos los pueblos y ciudades donde pasara: estimada de amigos y enemigos; admirada por su esfuerzo varonil que se sobrepuso a las maquinaciones del mundo y del infierno, quienes no pudieron ver que una pobre y débil mujer que «sin una blanca y con muchas patentes» como ella dijo, hiciera lo que hizo por Dios y por su Madre, y al hacerlo por Dios y por su Madre, lo hiciera también por su segunda Madre, por su adorada patria, por su querida España.

LO DIVINO

El cielo y la tierra.— Cuando la insigne Reformadora del Carmelo oía decir a otras personas que ella era verdaderamente Santa respondía con denuedo. «Sí soy Santa, pero Santa sin pies ni cabeza». Era la humildad la que en aquellos momentos hablaba por Teresa. Fué Santa con una santidad tan alta, tan a lo divino que no sólo en la tierra, en los mismos cielos fué motivo de grande admiración: los hombres grandes y pequeños, de letras y sin ellas, admiraban la obra del Señor, y el Señor mismo admiraba la obra portentosa de sus manos.

Opinión de España.— Por ciertos asuntos particulares se encontraba en Roma el hijo del Virrey de Nápoles, conde de Tendilla. Hablando de la M. Teresa de Jesús con cierto personaje de altura, díjole éste ciertas inconveniencias llegadas a sus oídos contra la Santa Reformadora: contestóle entonces muy enojado el Conde: «¡Basta! No pase más adelante en esta materia tratándose de una mujer tan señalada y aprobada en virtud y santidad, que, aunque no ha muerto, la tenemos en España por Santa y los grandes y prelados de España

nos quitamos los sombreros y descubrimos cuando hablamos de ella». Era la voz del pueblo hispano que reconocía las virtudes eximias de su Santa predilecta.

La Santa y los Santos de su siglo.—S. S. Pío X, de inmortal memoria, dirigiéndose en nombre de Dios a los fieles cristianos del orbe dijo «que si era admirable la generosidad de la naturaleza con Santa Teresa de Jesús, mucho más admirables eran todavía los dones sobrenaturales que adornaban su alma; pues con ser tantos los preclaros varones que honraron el siglo y la nación de Teresa con el esplendor de su santidad y de su doctrina, por lo cual, no sin razón, fueron llamados Edad de oro aquellos gloriosos tiempos de la católica España, ella sola, Santa Teresa, reunió en sí las grandes virtudes y ricos carismas de todos aquellos varones insignes, cuya dirección y amistad cultivó con tanto cuidado».

Era profunda la veneración que por ella sintieron San Pedro de Alcántara, San Francisco de Borja, San Luis Beltrán, San Juan de la Cruz, Beato Juan de Avila, Ven. P. Gracián, Ven. P. Baltasar Alvarez, Ven. P. Fray Luis de Granada, los Obispos Velázquez, Yepes, Mendoza, los teólogos Bañez, Medina, Ripalda, los literatos Lope de Vega y Cervantes todos contemporáneos suyos y capaces cada uno de ellos por sí sólo de formar época en la vida de su nación. Reconocían en ella la Santa la mayor que Dios tenía en la tierra: Santa tan grande, que de su santidad se pudieran hacer muchas, quedando en ella caudal para ser muy gran Santa. Lo que ha obligado a escribir en nuestros tiempos al insigne P. Fáber: «Toda la eternidad no es bastante larga para alabar debidamente a Dios por una sola de sus

más pequeñas mercedes, y serían necesarias innumerables eternidades para pagarle el beneficio inestimable que nos dispensa dándonos, así a nosotros como a su Santa Iglesia, la seráfica M. Santa Teresa de Jesús». (1)

Sentimientos de su alma.—Basta escribir lo que escribió la seráfica Doctora para considerarla como la Santa más divina. Sus escritos no hacen más que poner de manifiesto aquello que su alma sentía de las grandezas de Dios: descubrir en sus celestiales comunicaciones los íntimos secretos del Eterno y poner al claro su vida totalmente endiosada: su vivir no era el suyo, a semejanza del de San Pablo, era de Cristo.

Vivo sin vivir en mí
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.

Aquesta divina unión
Del amor con que yo vivo
Hace a Dios ser mi cautivo
Y libre mi corazón.
Y causa en mí tal pasión
Ver a Dios mi prisionero
Que muero porque no muero.

Transformación por amor.—Indicaba sencillamente lo que sentía su alma: vivir una vida que no era suya; una vida totalmente transformada: una vida totalmente divina, manifestando con vistoso ropaje poético una verdad profundamente teológica, la transformación del alma, nueva vida, vida exuberante que la gracia le comunica. Vivía en Dios, no vivía en sí; el alma no vive allí donde el cuerpo la aprisiona: vive allí donde se

(1) Todo por Jesús, VII. 5.

dirige la mirada constante de su inteligencia y el incesante amor de su voluntad. Profundamente lo dejó expresado San Agustín: *Anima ibi vivit ubi sentit*: allí vive el alma donde siente. La mirada y el amor de Teresa estaban en Dios: tenía que vivir la vida de Dios: no las criaturas terrenales, no las afecciones humanas alimentaban el fuego de su amor; nada podía llenarlo más que esa vida de arriba que es la vida verdadera, ese vivir celestial que es descanso al corazón, quietud al alma, transformación completa de terrenal vida en celestial: «El amor, dice mi extático P. San Juan de la Cruz (1), une el alma con Dios, y así cuantos más grados de amor tuviese, más profundamente entra en Dios, y se concentra con El... Y si llegare a muy profundo grado de amor... el alma será transformada y esclarecida en muy alto grado según su ser, potencia y virtud, hasta ponerla muy semejante a Dios... y llegado al último grado es cuando siente el alma la respiración de Dios, y en esa cumbre, en esa altura, en ese

..... aspirar sabroso
de bien y gloria lleno,

concluye la seráfica Doctora, queda el alma, digo el espíritu del alma, hecha una cosa con Dios, vive en cuanto cabe, la vida misma de Dios, que fué la vida en la tierra, de Santa Teresa de Jesús.

Recurso divino.—¡Qué vida de Dios vivirá Teresa cuando fué preciso que un serafín ensanchara los límites de su corazón! Los que hemos tenido la dicha de

(1) Llama de amor viva Verso III.

verlo abierto, con la misma herida hecha por el celeste mensajero creíamos verlo todavía respirar; oír sus latidos, y en esa aspiración y movimiento sentir algo que no se puede expresar, algo que no se puede decir, algo que queda dentro de nuestro sér, impresionado, imborrable, algo que es silencio a la boca y elocuencia al corazón... No dudo que al recibir el serafín del Carmelo el mensaje de Dios de otro serafín de los cielos, llegaría a exclamar con el Cantor a lo divino.

¡Ay, quien podrá sanarme!
 Acaba de entregarte ya de vero,
 No quieres enviarme
 De hoy más ya mensajero,
 Que no saben decirme lo que yo quiero.

Y todos cuantos vagan,
 De tí me van mil gracias refiriendo,
 Y todos más me llegan,
 Y déjame muriendo
 Un no sé qué que queda balbuciendo.

Mas ¿cómo perseveras
 Oh vida, no viviendo donde vives,
 Y haciendo porque mueras
 Las flechas que recibes,
 De lo que del Amado en tí concibes?

Por qué, pues, has llegado
 Aqueste corazón no le sanaste
 Y pues me le has robado,
 ¿Por qué así le dejaste
 Y no tomas el robo que robaste?

Apaga mis enojos,
 Pues que ninguno basta a deshacellos

Y veánte mis ojos
 Pues eres lumbre de ellos
 Y sólo para tí quiero tenellos.

Descubre tu presencia
 Y máteme tu vista y hermosura;
 Mira que la dolencia
 De amor, que no cura
 Sino con la presencia y la figura.

Divinos desposorios.—El divino esposo escuchando las querellas de Teresa, se le apareció un día después de comulgar y dándole su mano derecha le dijo: «Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy; hasta ahora no lo habías merecido: de aquí adelante no sólo como de Criador y como de Rey y tu Dios mirarás mi honra sino como de verdadera esposa mía. Mi honra es tuya y la tuya mía». La operación que hizo en su alma esta soberana merced fué muy sobrenatural: «quedé como desatinada y dije al Señor que, o ensanchase mi bajeza o no me hiciese tanta merced, porque cierto no me parecía lo podía sufrir el natural». Su vida era totalmente divina y no le parecía que por vía de oración podía tener más en esta vida ni qué desear, y era tal la unión con Dios, que ni las ocupaciones exteriores, ni los azares de su vida, ni los asuntos de su Reforma, ni la conversación de los humanos pudieron impedirle la continuidad de la unión íntima de su alma con el Creador. Caso en verdad rarísimo, extraordinario, iba a decir único, que indica la alteza de perfección de Santa Teresa a quien hemos de apellidarla necesariamente la Santa más divina que ha pisado la tierra.

En la séptima morada.—Me habéis de permitir, señores, leeros una sola página teresiana que es el alma misma de la Doctora del Carmelo retratada en la última de sus exclamaciones del alma a Dios, cuando ya la Santa se hallaba gozando de la séptima morada del Castillo interior.

«Qué miserable es la sabiduría de los mortales, e incierta su providencia. Proveed, Vos, por los medios necesarios, para que mi alma os sirva más a vuestro gusto que al suyo. No me castigéis en darme lo que yo quiero o deseo, si vuestro amor (que en mí viva siempre) no lo desee. Muera ya este yo, y viva en mí otro que es más que yo y para mí mejor que yo, para que yo le pueda servir. El viva y me dé vida, El reine, y sea yo su cautiva que no quiere mi alma otra libertad. ¿Cómo será libre el que del Sumo estuviere ajeno? ¿Qué mayor ni más miserable cautiverio que estar el alma suelta de la mano de su Criador? Dichosos los que con fuertes grillos y cadenas de los beneficios de la misericordia de Dios se vieren presos e inhabilitados para ser poderosos para soltarse. Fuerte es como la muerte el amor, y duro como el infierno. ¡Oh quién se viese ya muerto de sus manos, y arrojado en ese divino infierno, de donde ya no se esperase poder salir, o por mejor decir, no se temiese verse fuera! Mas, ¡ay de mí, Señor, que mientras dura esta vida mortal siempre corre peligro la eterna!

¡Oh vida enemiga de mi bien, y quién tuviese licencia de acabarte! Súfrote porque te sufre Dios; manténgote porque eres suya, no me seas traidora ni desgraciada; Con todo esto, ¡ay de mí, Señor, que mi destierro es largo! Breve es todo tiempo para darle por vuestra eternidad; muy largo es un solo día, y una hora para

quien no sabe y teme sí os ha de ofender. ¡Oh libre albedrío, tan esclavo de tu libertad si no vives enclavado con el temor y amor de quien te crió! ¡Oh, cuándo será aquel dichoso día, que te has de ver ahogado en aquel mar infinito de la Suma verdad, donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de tu Dios!

El (Dios) es bienaventurado, porque se conoce y ama y goza de sí mismo, sin ser posible otra cosa: no tiene, ni puede tener, ni fuera perfección de Dios poder tener libertad para olvidarse de sí y dejarse de amar. Entonces, alma mía, entrarás en tu descanso, cuando te entrañares con este Sumo Bien, y entendieres lo que entiende y amares lo que ama, y gozares lo que goza. Ya que vieres perdida tu mudable voluntad, ya, ya no más mudanza porque la gracia de Dios ha podido tanto que te ha hecho partícipera de su divina naturaleza con tanta perfección que ya no puedas, ni desees poder olvidarte del Sumo Bien, ni dejar de gozarle justo con su amor.

Este era el corazón de Santa Teresa de Jesús, endiosado, divino, en cuanto cabe en lo humano. Esta era su pluma, fiel reflejo de su alma, que nos ha legado en aureadas páginas literarias, páginas de oro de la más alta moral, de la más profunda ciencia dogmática y sobre todo de la más sublime sabiduría mística.

Peligro de los católicos.—Y he llegado al término de mi charla teresiana. Me resta únicamente dar a conocer el peligro que corremos los católicos hoy día de desfigurar la santidad de los escogidos del Señor, y sobre todo, lo digo sintiéndolo profundamente en mi corazón, de desfigurar la Santidad de Santa Teresa de

Jesús. Al hablar de ella se olvidan del aspecto divino o lo hacen tan a lo humano que resulta novela más que historia de su vida. Es el reacionalismo que se ha enseñoreado de muchas plumas que no escriben más que aquello pequeño que les dicta su ruín, corta y mezquina razón. Que esto lo hagan seres extraños a nosotros, lo sentimos hondamente, pero pasamos por ello, porque la envidia es más atrevida que la ignorancia: pero que esto lo hagan hombres que dicen amar a su patria, hombres que dicen defender lo grande de su patria, hombres que dicen reconocer los heroísmos de su patria y, sobre todo, hombres que se dicen católicos y católicos españoles, no lo podemos sufrir, ni lo sufriremos, porque Dios nos ha legado a Santa Teresa, hija de España por excelencia, para que colocándola en alto pedestal saludemos su imagen, por ser la imagen de la Santa más grande, de la más excelsa, de la más sublime, de la más española, de la más alta de nuestra historia, de la que es gloria del mundo y de la cristiandad, y cuyo nombre es uno de los que despiden más viva y más hermosa luz en el firmamento del catolicismo: de la que es una fuerza y un poderío en la Iglesia de Dios; de la que relevó a los hombres, tal vez como antes de ella nunca se había relevado, toda la energía de que el alma humana es capaz para levantarse de las cosas de este mundo al amor de las espirituales y eternas; de la que amó a Dios con toda la fuerza del amor más vivo, más penetrante, más absorbente que tal vez ha cabido en pecho humano, de la que peleó por la verdad, por la justicia, por los derechos más sagrados de la conciencia humana y, peleó siempre con

con un valor raro o ninguna vez visto en el mundo, (1)
de la que gloriosamente cantó el Poeta: (2)

Mujer de inteligencia peregrina
Y corazón sublime de cristiana.
Fué más divina cuando más humana
Y más humana cuando más divina.
Hasta el impío ante su fe se inclina
Y adora la grandeza soberana
De la egregia doctora castellana,
De la Santa mujer y la heroína.
¡Oh mujer! Te dará la humana historia
La gloria que por sabia merecieres;
Mas con el mundo acabará esa gloria
Que, por ser terrenal, no es sempiterna.
¡Tú, Teresa de Ahumada, al cabo mueres!....
¡Teresa de Jesús, tú eres eterna!



(1) Cfr. M. Mir. Vida de Santa Teresa.

(2) Gabriel y Galán.

con un valor raro o dignidad del vicio en el mundo (1)
 de la que gloriosamente caído el poeta; (2)
 Mulas de inteligencia peregrina
 Y coracón sublime de cristiano.
 Fue más divina cuando más humana
 Y más humana cuando más divina.
 Hasta el punto ante el se inclina
 Y adora la grandeza sobras.
 De la especie doctora castellana
 De la Santa mujer y la heroína.
 ¡Oh muelo! Te da la humana historia
 La gloria por haber mojado:
 Mas con el mundo acordó esa gloria
 Que, por ser terreno, no es sempiterna.
 ¡A Teresa de Avila, el capo mural
 Teresa de Jesús, tu era eterna!



(1) Dr. M. Mr. Vida de Santa Teresa.
 (2) Calisto y Galán.

